

Reproducción

Número 97. — Tomo VI.

31 de Julio de 1923.

Director:

Eliás Jiménez Rojas

San José de Costa Rica

Apartado 230

Administración: BOTICA LA DOLOROSA

Imprenta Crejos Hnos.

Apartado R R

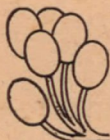
Teléfono 285

Imprenta

Librería

Encuadernación

Papelería



Trejos Hnos.

Participaciones
de matrimonio

Invitaciones

Libros de caja

Memorandums

Facturas

Cheques & Recibos

Calonarios

Libros en blanco

Tarjetas

Menús, etc., etc.

Cumplimiento
en la entrega
de trabajos.



REPRODUCCION

No. 97 * 31 de Julio de 1923 * Tomo VI

Director, ELIAS JIMENEZ ROJAS

San José, Costa Rica — Apartado No. 230

Cuida de no cesarizarte

— Uno de los más grandes entre los paganos, Marco Aurelio; uno de los más grandes entre los hombres, pues alcanzó tan alta moral en el ejercicio del poder absoluto, escribía para sí mismo este consejo: «Cuida de no cesarizarte». *Cesarizarte* era adquirir esa psicología originada por el mando sin trabas y que hasta a los mejores envenena. No es necesario que yo la describa: El remedio contra ella sólo se obtiene merced a esfuerzos inmensos: oír todas las opiniones (aun las que parezcan más contrarias a las propias) y las objeciones de todo género; no sólo atenderlas, sino tener la mayor consideración por los que nos las dirigen, teniendo en cuenta que les asiste una probabilidad mucho mayor de ser sinceros que a aquellos que

en todo están de acuerdo con nosotros, puesto que, si dos cerebros no son geoméricamente superponibles, debe ser un milagro el que dos inteligencias lo sean; de manera que, en el caso en que todas las opiniones de un hombre coincidan absolutamente con las de otro hombre más poderoso, hay noventa probabilidades en cien de que se trata de un bajo adulador y no de un hombre sincero. Se es tanto más grande cuanto mayor es la facilidad para revocar los actos equivocados y para recibir la convicción de que lo son y desvanecer esa creencia vulgar de que el hombre que revoca o modifica sus propios actos pierde algo de su grandeza o de su autoridad. Justamente existe sobre esto uno de los más grandes paralogismos de la moral administrativa. Hay muchísimos funcionarios que, árbitros de destinos o intereses, dispondrían tal vez de la suficiente moralidad y altura de sentimiento para reconocer los propios errores; pero entonces surge el paralogismo en cuestión: tienen miedo de «debilitar el principio de autoridad». Recuerdo un caso—era con

motivo de una pena impuesta a un estudiante, pena que yo consideraba injusta—en que me tocó discutir en general esa cuestión, y algunos de mis contradictores manifestaron que mi argumentación los había convencido más o menos en cuanto al hecho mismo; pero que la autoridad estaría perdida desde el momento en que ese error se reconociera; y fué inútil que yo procurara mostrarles que, tal vez, la verdadera autoridad no la adquiere un funcionario o una corporación sino después que en algún caso, por lo menos, ha conocido un error y lo ha revocado: que fatalmente el funcionario ha de equivocarse, no sólo por ser hombre, sino, sobre todo, por la naturaleza misma de esas relaciones administrativas, en que no hay generalmente, como tan bien lo hace notar Tolstoy, relaciones directas de hombre a hombre; en que es necesario juzgar por testimonios o por papeles; y así, siendo los errores fatales, frecuentes, casi diarios, sólo en el caso de que haya facilidad para reconocer esos errores, para confesarlos claramente, sencillamente, y para revocarlos, sólo

en ese caso, las otras resoluciones pueden *tener autoridad*, porque sólo en ese caso, son tomadas como productos de una convicción sincera.

Pero podría parecerles que estos consejos sobre la psicología del mando son poco prácticos, por cuanto son bien pocas las personas que tienen probabilidades de llegar a los mandos superiores. Sería un grave error. La cesarización de que se guardaba Marco Aurelio, esa psicología especial que es uno de los males morales contra los cuales nuestra constitución mental nos deja más desarmados, cabe, como en los más altos cargos, en los más humildes: basta que algún otro sér, aún más humilde, esté por debajo de nosotros. Es un hecho psicológico que puede, por lo demás, observarse en la vida diaria. ¿Recuerdan ustedes el ejemplo de alguna de esas personas que, como sucede en tantas familias, están sometidas, sea por su situación humilde o por otra razón cualquiera, y dependen de todos, y son mal tratadas por todos? Y ¿han notado ustedes lo que sucede cuando alguna vez aparece otra persona más humilde to-

davía, a la cual la primera pueda dominar? Si son observadores de la naturaleza humana, saben a que me refiero. Lo lógico, lo razonable, sería esperar que esa persona, víctima habitual, aleccionada por la desgracia y por las humillaciones que ha sufrido, fuera, por eso mismo, humana y dulce, una vez que le toca ejercer dominio. Pues, en la mayor parte de los casos, sucede lo contrario: ese sér sometido o dominado, cuando domina a su vez, es generalmente cruel. ¿Lo han visto? Pues bien: debido a esa psicología, que es muy humana, tanto como un emperador, un rey o un presidente, puede *cesarizarse* un empleado ínfimo: un oficial primero de oficina, para con los oficiales segundos; un conserje, con relación a los porteros que le deben obediencia. Sólo que la cesarización, en estos casos, reviste un carácter especial que la hace, si cabe, más triste.

La psicología que tiende, entonces, a formarse, es una especie de psicología invertida: debilidad hacia arriba; energía, dureza, hacia abajo.

Hay, desde este punto de vista, va-

rios tipos de funcionarios, y, en general, de hombres.

Los hay que son duros, rígidos con sus inferiores; pero para con los superiores, son también enérgicos y fuertes. Esas personas cualquiera que sea el juicio que merezcan, tienen siempre mucho, o algo por lo menos, de respetable.

Existen otros que son débiles para con los superiores, que carecen de energía; pero, por lo menos, con los inferiores, con los humildes, son humanos; y estas personas tienen todavía mucho o algo de bueno.

El ideal es el hombre en quien la energía y la dignidad severa están vueltas, diremos, hacia arriba, mientras que, en cambio, su conducta con los humildes, con los desdichados, con los inferiores, se va impregnando cada vez, de una mayor cantidad de piedad y consideración; sin perjuicio, naturalmente, de aquel grado de rigidez o severidad que es necesaria por razones de interés general.

En cambio, el tipo inferior de todos, el que ustedes deben acostumbrarse a considerar como francamente despre-

ciable, es el tipo *invertido* a que me refería, el que tiene *la dureza para abajo y la debilidad para arriba*.

CARLOS VAZ-FERREIRA

Los maestros y la cultura

Los hispano-americanos referimos instintivamente el desarrollo de la cultura a la acción del Estado y celebramos con alborozo la aparición de la que solemos llamar «una nueva fundación cultural»: una escuela, una biblioteca, un museo.

Parecería que está en manos del Estado un fiat milagroso de cultura, que la crearía ex-nihil como una simple emanación de su esencia.

Hay, desde luego, en esto un sofisma, el sofisma conocido de tomar el continente por el contenido. Tomar la escuela o el colegio como una fuente de cultura, es un sofisma. Puede ser fuente de cultura, puede no serlo. Una escuela no crea ni expresa la cultura de un pueblo en mayor proporción que el teatro o la prensa, o el Gobierno o el ejemplo de las clases dirigentes

o el ejemplo extranjero o una doctrina prevaleciente.

Si cada uno de nosotros consulta su conciencia respecto del origen de su propia cultura, encuentra que ella no procede precisamente de la escuela, sino a veces de un hombre de esa escuela, pero generalmente de otros hombres con quienes convivió, o de los libros que leyó libremente, de las meditaciones que ellos sugirieron.

Conviene precisar el concepto: cultura no es ilustración, no se la gradúa por la dosis de ciencia que poseamos, porque encierra esencialmente una porción que es sentimental, supone un desarrollo de la sensibilidad, en el que entra, sin duda, el cultivo de la inteligencia.

Quizá pudiera decirse que es una ilustración que ha descendido de la inteligencia a la sensibilidad por exósmosis, hasta convertirse en un sentimiento, *una elaboración sentimental del conocimiento* (1). Es una manera general

(1) Esta es la idea de los intelectualistas, admirablemente expresada por Victor Hugo: la justicia en la inteligencia se convierte en justicia en el corazón.—E. J. R.

de ver y de reaccionar de la personalidad, pues que siendo un sentimiento, es un motivo, uno de los mayores motivos de la acción. Si la ilustración es un fenómeno de la inteligencia, la cultura es un fenómeno de la personalidad total. Si la ilustración es un fenómeno de digestión—suele serlo de simple deglución—la cultura es un fenómeno de nutrición. Por eso nadie ignora que es posible la ilustración sin cultura.

Se me ocurre que una frase de Marco Aurelio que me suena siempre al oído, cuando hablando de Antonino dice: «Sentía una íntima alegría cuando recibía un consejo superior a su propio pensamiento», puede ser presentada como un esquema del acto de adquisición de cultura, y, por tanto, como su definición, puesto que actúan a un tiempo la alegría, que es estado emocional; el consejo, que es norma de conducta; el pensamiento, como manifestación intelectual, y la simpatía como medio de transmisión.

Si eso es cultura, se ve inmediatamente que el Estado no puede tener en sus manos el monopolio de la ca-

pacidad de crearla, ni esa capacidad por esencia.

Si la cultura es un hecho social que supone la simpatía, lo que es político no puede ser cultural, porque lo político importa una lucha en el interior de la sociedad.

El político carece de universalidad, porque ha excluido de su simpatía al adversario, porque necesita excluirlo para ganar en el cofrade la intensidad de adhesión, más útil para la acción que la extensión que pierde.

Cuando la cultura está generalizada, la acción política no la destruye, pues se desenvuelve por encima de ella, como un verdadero epifenómeno; pero cuando no existe cultura generalizada, la acción política la impide. La América latina, todavía facciosa, sin tradiciones de cultura, con luchas políticas bravías, *necesita manantiales de cultura preservados de tales vaivenes y enconos, es decir, que no estén sujetos a la acción política.*

De modo que siendo una idea falsa la de la capacidad del Estado para crear cultura, es además una idea destructora de la cultura, porque al

pretender crearla la frustra y bastardea, privándola de la condición de generalidad. Cuando hablamos de la creación cultural del Estado, pensamos en lo que es una simple apariencia.

Un plan de enseñanza, la erección de un instituto docente, no tienen valor cultural por sí, porque no son sino fórmulas. Tienen el valor de los hombres que las hagan vivir. Un hombre vale más que una escuela, porque ésta vale por medio de aquél, y solamente en la medida de su valor.

Por eso un hombre de real y serena cultura es una fortuna considerable. A medida que el medio social en que actúa es menos complicado, la penetración de su influencia es más intensa y segura, como una luz al través de un medio homogéneo.

Hace pocos días ha sido historiada la acción de uno de esos hombres, Amadeo Jacques, por el joven escritor D. Aníbal R. Ponce. Muestra cómo dejó un germen imperecedero de cultura en las generaciones que adiestró.

Hay en esa influencia de un gran maestro un fenómeno, semejante al fenómeno físico de la impregnación.

Yo lo compararía a la acción de un acontecimiento de la naturaleza en la vida de las plantas. En los círculos concéntricos del tallo de un árbol, o en los anillos por cuyo número cuenta sus años la palmera, el ojo avisado puede señalar por la huella que así ha dejado en lo recóndito de su vida, una primavera de hielos tardíos que encojió la fibra, o una primavera de lluvias y de soles que la crió opulenta. Han pasado los años, pero ahí queda la historia de ambas primaveras escrita por sus propias manos.

Alguna vez he pensado en una institución cuyo fin fuera facilitar el contacto permanente de los jóvenes con los hombres superiores. Se diría que es ese, precisamente, uno de los fines de las Universidades. Contestaría que atraerlos ha de ser la conducta de las Universidades, pero que el contacto que hoy ellas proporcionan no es el deseable, sino otro más personal y menos áulico: el de la conversación, el del diálogo espontáneo y familiar, que conduce, como al azar, hacia los caminos de la verdad y de la sabidu-

ría, algo de lo que ha hecho de Sócrates el modelo de los maestros.

Sócrates preguntaba a sus discípulos lo que ellos pensaban y sabían, antes que imponer su propia ciencia. Va a la plaza, a los gimnasios, a los talleres, inicia una conversación que originada en motivos frívolos, por vías imprevistas, lleva hacia los más árdulos problemas. A cada uno habla de lo que le interesa, para abrir la puerta de su simpatía. Sabe revestir su palabra de todos los tonos, es abandonado o elevado, llano o sutil, pero no olvida en ningún momento su fin, que es el de orientar espíritus y reformar caracteres.

Ha habido en nuestros tiempos un hombre de cuyo recuerdo surge una bella figura de filósofo y de maestro: Don Francisco Giner de los Ríos. Todos sus discípulos—los directores actuales más calificados del pensamiento en España—lo evocan con la admiración mezclada de ternura con que hablan Platón o Jenofonte del maestro griego. No recuerdan hermosos discursos, ni documentadas teorías, ni dichos agudos y limados, sino sus ademanes

cordiales, sus palabras serenas, sobre todo la lección inolvidable de su conducta, porque no hacía como los otros la generosidad fácil del hablar, sino llanamente, la heroica generosidad de su vida.

Sus lecciones eran, sobre todo, la emanación espontánea de su vivir y llegaban a sus discípulos insensible y hondamente como un perfume.

No vive en sus conferencias y proyectos, vive en la admiración y en el testimonio de los jóvenes a quienes acompañaba en pláticas peripatéticas, en excursiones y visitas. Una palabra, una interrupción, una pregunta, a veces un silencio, quedan para siempre como un lema íntimo, como un refrán tenaz, como una armonía a lo largo de la vida.

Los que la oyeron tienen una palabra que es la verificación del verdadero maestro: lo amábamos. Cuando los discípulos hablan así, es que estamos en presencia de un maestro.

Y todos decimos eso de nuestras madres, porque la madre es la primera maestra, y los hijos somos, ante todo, discípulos de nuestras madres.

Era Mme. de Staël, o no sé qué mujer sagaz, la que daba a las jóvenes el consejo de escoger como compañero el hijo de una buena madre. (Lo malo de este consejo es que se aplica para cuando la joven puede escoger, lo que no siempre sucede.)

Si tanto significa en la vida social el hombre de cultura, será interesante saber cuál ha sido a su respecto el ejemplo de la sociedad en América. Podemos decir resueltamente, me parece, que no ha sido el de la benevolencia. En la América tropical ha sido frecuente el espectáculo de la proscripción y la esterilización de sus mejores hombres por la pasión y la anarquía política.

Estados Unidos han hospedado y aprovechado muchos de estos desterrados, como pueden atestiguarlo los libros de Appleton, y Europa los ha visto pulular y perecer en sus ciudades.

Como España en el siglo xv, pobre y heroica, expulsaba moros y judíos, que enriquecían su producción y su ciencia, para lograr la unidad religiosa, las Naciones de América, sus hijas,

urgidas por tener una cultura, sobre el obscurecimiento y destrucción de sus hombres de mayor espiritualidad, han erigido su unanimidad política.

Sería una injusticia decir que tal hecho sea en nuestro país otra cosa que un simple recuerdo; pero, como en los demás países, la política y la cultura no han observado la conducta correspondiente al libre desarrollo de ambos, y al contrario, se han hostilizado recíprocamente.

JUAN B. TERÁN

Rector de la Universidad de Tucumán,
Rep. Argentina.

De N. Wilkes Wright

Cuando se habla de ciencias naturales nos viene a la mente una agrupación de hechos que existen independientemente de las esperanzas y aspiraciones humanas: las fuerzas vastas e impersonales del universo físico. «¡Zeus ha sido destronado, y el Caos reina en su lugar!» Sin embargo, este mundo físico es nuestro mundo; las

leyes de la naturaleza son la fórmula con que la inteligencia humana expresa las condiciones bajo las cuales los acontecimientos físicos nos impresionan universalmente. El edificio entero de la ciencia descansa en la validez universal que poseen nuestros lógicos y matemáticos procedimientos. Y la culminación de la ciencia natural moderna ha sido cerrar la brecha entre el hombre y la naturaleza, establecer relaciones esenciales entre el hombre y el universo físico que ahora le aparece bajo un aspecto extraño y repulsivo. La evolución presenta la vida y la inteligencia humanas como realización de las ocultas posibilidades de la materia y el mecanismo. En los movimientos de las masas estelares, en las energías latentes del átomo, existían vida y facultad de razonamiento embrionarias. ¡De la molécula al hombre; sí, de la masa giratoria de vapores incandescentes, o de la nebulosa espiral hasta el hombre! Cuando nos penetramos de estas maravillas, ¡qué tejido más grotesco parece el concepto de la ciencia natural como una colección de hechos presentados en bene-

ficio de quienes puedan encontrarles utilidad práctica, o la tentativa de eliminar la evolución mediante un decreto legislativo!

*
* *

Lamento que la escasez del tiempo no me permita sino una referencia pasajera al lenguaje y a la literatura, porque estos ramos ilustran, mejor quizá que cualquier otro estudio, la verdad que tratamos de demostrar; o sea, que la función de la ciencia, tanto como la del arte, es ensanchar la visión del individuo en forma de incluir todo aquello de alta significación en la vida de la humanidad. El lenguaje es el instrumento de comunicación; en el lenguaje se encarnan y encuentran expresión las experiencias personales de generaciones humanas sucesivas, convirtiéndose así en propiedad permanente de la humanidad. Los grandes escritores son seres peculiarmente sensibles a todo lo que tiene significado perenne en la vida; ante su penetrante visión, ciertos hechos, eventos y situaciones revelan significado profundo que excita su imaginación y sacude

sus emociones. Poseen la facultad de traducir esta impresión en palabras adecuadas y capaces de comunicarla; y de esta manera nos es dado compartir las cosas que perciben íntimamente, experimentar momentos de visión desde la cumbre de la montaña en donde los hechos ordinarios de la vida aparecen transfigurados a la luz de su significado eterno. Citando las elocuentes frases de la Comisión británica para el estudio del inglés: «Debemos considerar la literatura no solamente como frases, no solamente como una ingeniosa serie de símbolos, una especie de superficial y superflua decoración o una serie de graciosos gestos tradicionales, sino como la expresión que de sí hacen los grandes espíritus, como documento que reaviva las impresiones espirituales, y como el instrumento que, en medio de la rutina diaria, puede hacernos percibir nuestros propios sentimientos y comunicarlos, si así lo deseamos, a nuestros semejantes».

*
* *

Es posible que el sindicalismo haya

muerto en Francia, el lugar de su nacimiento; pero vive todavía como idea dominante de la propaganda revolucionaria en todos los confines del mundo. Ahora bien, lejos de mí el sugerir que el mecanismo del gobierno democrático no pueda perfeccionarse con la adición de representantes industriales a los regionales. Pero es perfectamente claro, imagino, que los intereses del trabajo son en sí mismos estrechos, exclusivos y divisorios, y si no estuvieran regulados por un comprensivo interés público, destrozarían la democracia en un caos de luchas de partido.

Miscelánea

—¿Qué me dice del feminismo en política?

—Que siempre ha existido. Que la política ha sido y es todavía en todas partes demasiado femenina. Que no tengo noticia de un rincón del globo en el que las mujeres no voten, indirectamente, con más afecto que razón,

cual niños o cual viejos en decadencia. Car nous l'avouons humblement, et très respectueusement, en matière de tromperie, de duperie, de volerie.....

—¡Alto, Carmen! Déjese de disertaciones e inculpaciones quizás injustas. Mi pregunta es sencilla: En un país en que está establecido el voto directo —del cual Ud. es enemigo, ya lo sé,— ¿debe concedérseles también a las mujeres?

—¿Y por qué no? No conozco un argumento de peso en contra. Con ello se lograría seguramente una cosa: muchas apasionadas propagandistas políticas de hoy se convertirían en simples electoras, con ventaja para el equilibrio social: las mujeres estarían más contentas y su influencia en los comicios sería sin embargo menor.

—¡Bueno! ¿Y en cuanto a elegibilidad? ¿Piensa Ud. que ellas deben ser elegibles para la presidencia de la República, las diputaciones, etc?

—Eso, sólo excepcionalmente, y es inútil hablar de excepciones que no puedan ser previstas. La GESTACIÓN DE NIÑOS es la función propia de la mujer. Es la función que le hace valer

por 300 hombres. Todo lo que sea incompatible con ella, ha de ser inexorablemente condenado. Una de las cuestiones de colosal importancia ahora en el mundo es justamente la de volver a las mujeres a sus casas, para poner fin a la crisis de la maternidad o prostitución del matrimonio, fruto del liberalismo sentimental que ha imperado en las naciones más cultas durante los últimos cincuenta años.

—¡Basta! Tengo que hacer a usted otras preguntas y no puedo permitirle largos discursos. Me parece que un hombre canoso tiene el derecho de emitir a secas sus opiniones.—¿De qué partido es usted en la campaña actual de Costa Rica?

—De ninguno. Detesto la farándula democrática.

—¡No tan hondo! ¿Cuál de los tres candidatos es su amigo?

—El único que me ha tratado con invariable fineza es don Alberto Echandi.

—Entonces usted quiere que triunfe el señor Echandi.

—A buen seguro. Para con él se juntan benignidad y gratitud. Por lo mismo, de los tres candidatos sonados,

es aquel a quien menos podría yo desear esa crucifixión sin igual que se llama una *honrada y honrosa presidencia de república*.

—Cambiando de cilindro, ¿qué me dice de los buenos juramentos, o sea, de los hechos juiciosamente, con un fin no criminoso? ¿Está uno obligado a cumplirlos aun cuando llegue más tarde a convencerse formalmente de haber errado al jurar?

—Si la violación del juramento acarrearé daño al prójimo, debe uno ser inflexible en el cumplimiento de su palabra. Todavía más: aunque el daño no sea claramente visible, todo hombre ha de recordar que no hay sociedad posible donde no hay confianza recíproca y que no cabe la confianza recíproca donde no es sagrada la palabra empeñada.

—No he olvidado su controversia del año pasado en *La Tribuna*. Sé bien, pues, que en materia social el Moisés de usted no ha dictado un decálogo sino un *monólogo*: NO MENTIR, y que usted entiende por qué el Dante reservara a los traidores el peor castigo de los infiernos. Lo que pregunto

es esto: Si un creyente, tomando por testigo a Dios solo, hace un voto de castidad, por ejemplo, ¿puede quebrantarlo después lealmente si comprende que su voto va contra el orden de la naturaleza?

—No digo *puede*, digo *debe* romperlo.

—Otra cosa. La Constitución Política de Costa Rica sienta en su Título IV que la Religión Católica, Apostólica, Romana, es la religión del Estado, y luego, En el Título IX estatuye que para ser Presidente de la República o Secretario de Estado se requiere ser del estado seglar. ¿Qué opina usted de esta extraña calificación de una religión y descalificación de sus sacerdotes?

—Que sería el más curioso de nuestros disparates constitucionales, salvo el caso de admitir que la intención del supremo legislador fué simplemente la de establecer incompatibilidad entre el EJERCICIO del sacerdocio y las funciones de alto administrador del Estado.

—Por consiguiente, ¿usted piensa que un sacerdote que se aparta tem-

poral o definitivamente de su ministerio religioso, puede ser presidente de la República o secretario de Estado?

—Sí, señor.

—¡Pues lleva usted leña al monte de uno de sus contrarios!

—¡Ojalá! Esto acontece frecuentemente cuando se habla con sinceridad.

*
* *

Al despertar cada día elevo esta oración al Todopoderoso:

¡Señor, que cuantos nos rodeen sean todo lo malos que quieran, pero que sean inteligentes! Si son inteligentes llegarán a ser buenos.

JACINTO BENAVENTE

...Pero el eminente autor de esta preciosa oración, cuando estuvo entre nosotros, hace pocos días, recomendó a nuestra juventud que pusiera en sus estudios «más corazón que inteligencia». ¡Cuán diversamente, pues, habla Benavente, según que se dirija a Dios o a los costarricenses!

ELIAS JIMÉNEZ ROJAS

15 de julio de 1923.

*
* *

La reforma social no se conseguirá por el alboroto y la perturbación, por las quejas y las acusaciones, por la formación de partidos o por la revolución, sino por el avance del pensamiento y por el progreso de las ideas. Hasta que pensemos correctamente no podrá haber acción recta, y cuando pensemos con acierto, la acción recta seguirá. La fuerza está siempre en manos de la muchedumbre. Lo que oprime a las masas es su propia ignorancia, su míope egoísmo.

H. GEORGE

*
* *

Es un grave error considerar la política según la definición clásica; el interés y bienestar de los pueblos no tienen en la mente de los políticos ni siquiera un lugar secundario. Pi y Margall la definió como el arte de engañar a los pueblos. Esta definición estaría bien siempre que en verdad fuera esto solamente el arte de la po-

lítica; pero el hombre ha hecho de ella una finalidad personal todavía más baja.

Los hombres que en verdad aman el bien y el interés de los pueblos, no son hombres de partido, porque saben que esa es precisamente la forma en que menos bien pueden hacer a los pueblos, y que el mundo, en cambio, presenta mil maneras en que el hombre puede ejercer su altruísmo.

Pero, aparte lo anterior, hay una razón que hace aún más despreciable la política y es la de generar una pasión baja y burguesa. En el mismo escenario del mundo el hombre encuentra muy diversas actividades para empeñar sus facultades: el arte, para los espíritus escogidos; el sacrificio de la religión o de la caridad, para las almas nobles y buenas; la actividad comercial e industrial para muchos otros. Pero en nada está tan firme el sello de inferioridad, de burguesía, de pequeñez como en la actividad de la política, en la cual el hombre desciende muchas veces a su más bajo nivel de miseria moral.

A. DE CHARTREUIL

*
* *

La fe en la democracia, es decir, en la justicia por medio de los partidos, es como la fe en la medicina por medio de los conjuros del arte mágico; es como toda superstición, un producto de las mentalidades inferiores y una mina de oro para los charlatanes.

*
* *

Si cada hombre suprimiera la suma de los males que se ha hecho a sí mismo, sería casi feliz.

LE BERQUIER

*
* *

La humildad, rara entre los doctos, es mucho más rara entre los ignorantes.

ANATOLE FRANCE

*
* *

Después de pasar el término medio de la vida, uno debe rodearse de los que tienen todavía una perspectiva de largos años.

GIBBONS